



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO

ESPAÑOLES

EXCMOS. SRES. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—
D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.—D. LEOPOLDO
AUGUSTO DE CUETO.—CONDE DE SAN LUIS.—
D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.—DON
MANUEL CORTINA.—SEÑORITA DOÑA ANGELA
GRASSI.—FERNAN CABALLERO.—SRES. DON
MANUEL TAMAYO Y BAUS.—D. AURELIANO
FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.—D. RAMON
DE CAMPOAMOR.—D. ANTONIO DE TRUEBA.—
D. ANTONIO FLORES.—D. FRANCISCO CAM-
PODRON.—D. M. CABALLERO DE RODAS.

D. PEDRO FELIPE MONLAU.—D. EULOGIO FLO-
RENTINO SANZ.—D. TEODORO GUERRERO.—DON
ANTONIO ARNAO.—D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.
—D. JUAN CANCIO MENA.—D. E. ZAMORA
Y CABALLERO.—D. RICARDO SEPÚLVEDA.—
D. PEDRO DOMINGO MONTES.—D. JOSÉ ALONSO
Y RODRIGUEZ.—D. RAFAEL SANTISTÉBAN Y
MAHY.—D. R. TORRES MUÑOZ DE LUNA.—
D. J. SANMARTIN Y AGUIRRE.—D. F. VAR-
GAS.—D. JULIO NOMBELA.—D. A. ROVIRA Y
AGUILAR.—D. CÁRLOS FRONTAURA.

EXTRANJEROS

MAD. GIRARDIN.—NATHANIEL HAWTÖRNE.—STAHL.—JUAN MACÉ.—BIART.—MULLER.

DIBUJANTES

SRES. ORTEGO.—PADRÓ.—ZARZA.—JIMENEZ.—JALON Y FUSTER

GRABADORES

SRES. BURGOS Y CAPÚZ.



| | | |
|---------------------------------------|---------------------|---|
| Precio de la suscripcion. | Madrid. | 12 reales trimestre, 22 semestre, 40 año. |
| — | Provincias. | 15 — 28 — 50 — |
| Precio del número suelto. | Madrid. | 2 reales.—Provincias. 3 |
| Precio del tomo encuadernado. | — | 26 — — 30 |

América, 5 ps. fs. año.—Extranjero, 18 fs. año.

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CARLOS FRONTEIRA

CON LA COLABORACION

DE LOS MAS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO II

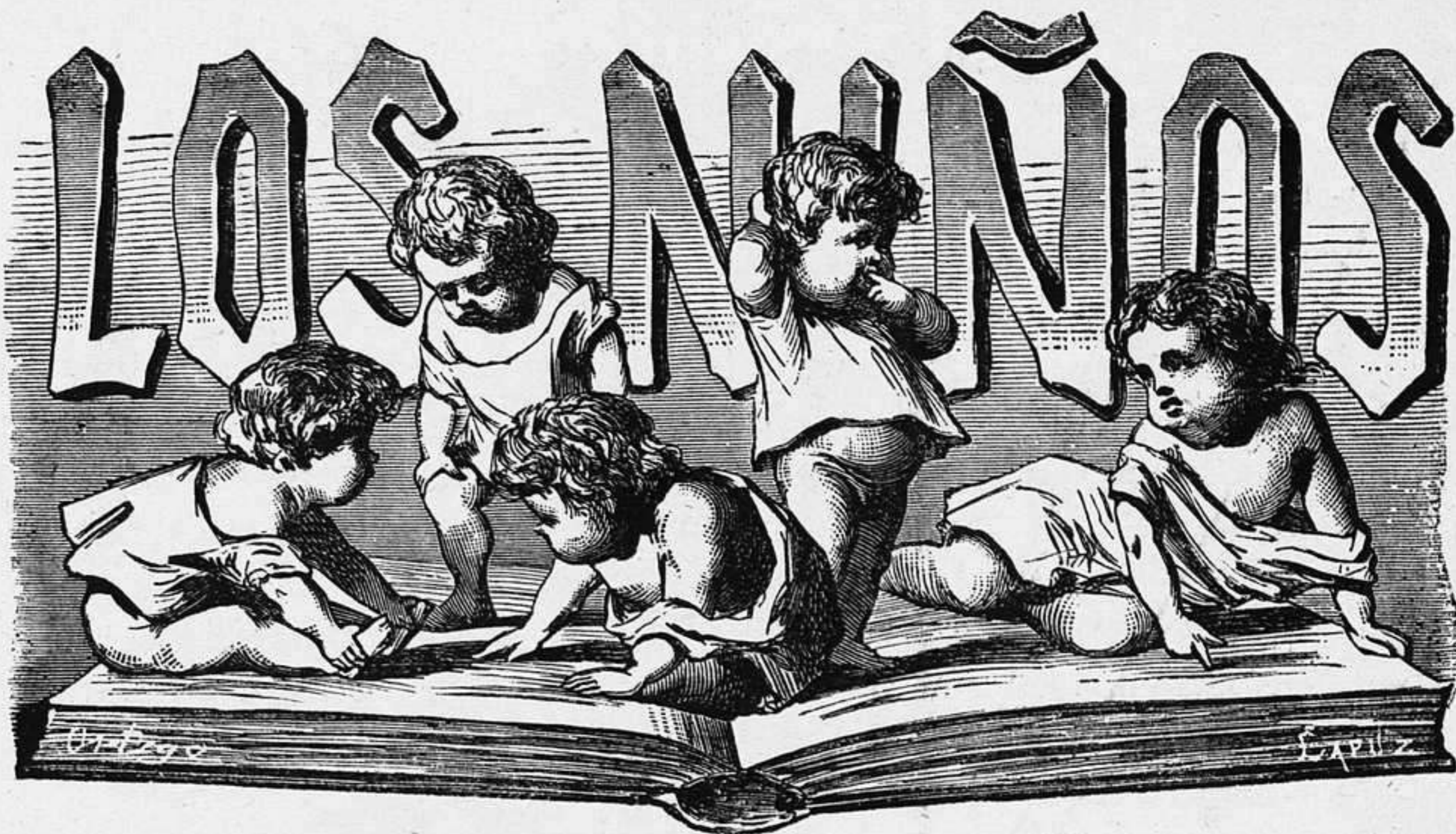
(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE AGOSTO HASTA FIN DE DICIEMBRE DE 1870.)

MADRID

ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS Y DE EL CASCABEL

PLAZA DE CELENQUE, NÚM. 1

MDCCLXXI



LO QUE ES INDISPENSABLE.

Lo que es indispensable es ser bueno, ser hombre honrado.

La honradez de un hombre suple á todas las cualidades que le falten; su condicion, por triste que sea, su profesion, aunque sea humilde, los defectos involuntarios de su educacion, su misma desventura, no pueden hacerle tan desgraciado como lo seria no siendo honrado. El hombre de bien puede sufrir todas las desgracias, pero no la humillacion, no el envilecimiento.

No hay nada que la honradez no ennoblezca. Por mucha que sea la humildad aparente de la posicion social del hombre honrado, es el igual de todos, y no hay ningun hombre de juicio que se considere superior á él, y que no le respete y le mire con simpatía.

Los tontos y los bribones mismos le respetan y le admiran en el fondo de su conciencia, y aún habrá alguno que le engañe, que le explote, y sin embargo le tendrá envidia.

La estimacion de un hombre honrado, por insignificante que sea su posi-

cion, debe apreciarse siempre como un gran bien.

Habrà mas de un pillo que en apariencia será muy feliz, y así le creerán las gentes, y sin embargo, ese hombre sufrirá un eterno martirio en su conciencia, sabiendo que hay en un rincon del mundo algun hombre de bien que, conociendo porqué malos medios ha hecho fortuna, le habrá negado la mano y el saludo.

El hombre honrado no tiene necesidad de engañosas apariencias; bástale el mudo testimonio de su conciencia.

En la vida privada, el hombre de bien es un diamante de familia, es la razon, el alma, la luz de la casa.

En la vida pública es la conciencia del país, y sus mismos adversarios tienen que hacerle justicia y reconocer sus eminentes cualidades.

El ruido, la pompa, la popularidad, rodean alguna vez al hombre honrado; pero tened por cierto que nunca busca él esos triunfos mundanos. Su pensamiento está mas alto. El hombre honrado es sencillo, es modesto, pero con

la verdadera modestia; es decir, sin pensar serlo. Toda su ambicion es el bien público.

Si todos tuviéramos la conciencia de la autoridad que dá la honradez, no habria en el mundo tantos bribones desvergonzados. El descaro del hombre malo no es mas que exterior; pero la mirada del hombre de bien pronto le desconcierta y humilla.

Los bribones hacen grandes esfuerzos para acercarse á las personas honradas y alternar con ellas; intentan que se les confunda con los hombres de bien, pero eso no puede ser; no hay nada que mas embarace á los bribones que la presencia de los hombres de bien.

Delante del hombre honrado se siente tranquilo, seguro, satisfecho el que es hombre de bien; pero en su presencia no hay corazon perverso que no sienta turbacion y vergüenza.

Es preciso ser hombre de bien, no solo porque es bueno, sino porque es conveniente; porque la honradez es la única base sólida de la vida; porque es lo único que puede dar al hombre sueño tranquilo y reparador.

—Bueno, dirá el niño que lea esto, ya me acordaré de todo eso mas tarde. Seré un hombre honrado cuando sea grande, cuando sea hombre.

Te equivocas, niño.

Te estoy hablando por hoy, no por mañana. Porque es preciso que siendo un niño honrado te prepares á ser hombre honrado despues. En todas las edades se puede ser honrado.

¿Y por qué supones que un niño no es un hombre? ¿Por ventura un rosal pequeño no es un rosal? Créeme, niño, para ser honrado ya es tiempo.

No tienes mas que diez años, eres

un niño alegre, aturdido, gracioso, como tu edad, y hasta tienes ya tus defectos. Pero tienes buen corazon, sabes lo que es justo, y cuando te cuentan una accion bella y buena (y siendo bella dicho se está que es buena), late tu corazon y asoman dulces lágrimas á tus ojos; así como cuando te refieren alguna bajeza, alguna iniquidad, algun crimen, te horrorizas y te indignas... Pues ya eres un hombre honrado.

Cumples con tus deberes de hijo, de hermano, de discípulo; dices siempre la verdad, no haces daño á nadie, te interesa el mal del prójimo y procuras darle alivio en la medida de tus fuerzas... Pues ya eres un hombre honrado.

Sí, hijo mio; amar tiernamente á Dios y á tus padres, admirar lo que es bueno, detestar lo que es malo, no perder el tiempo en las horas de estudio, jugar sin maldad con los demás en las horas de recreo, ser bueno para tus compañeros y para tus criados, ser respetuoso con tus maestros, para hacerles mas fácil la mas ruda de las faenas, la de enseñarte todo lo que ignoras... hacer y ser todo eso es ser ya un hombre honrado.

Y lo que lo prueba es que si haces y eres todo lo contrario, si eres embustero, astuto, mal intencionado, perezoso, violento, hijo ingrato, mal amigo y mal estudiante, es decir, si no tienes corazon ni conciencia, si no conoces el culto sagrado del deber, que es propio de todas las edades, cualquiera que sea la tuya, no eres un hombre honrado.

P. J. STAHL.



LA ENFERMERITA.

Pepita ha sido la niña mas mala que os podeis imaginar.

Huérfana desde la mas tierna edad, no pueden contarse los disgustos que le ha dado á su pobre abuela, tan buena y tan cariñosa con ella.

Ella holgazana, ella desastrada, ella burlona, ella soberbia, ella amiga de hacer su gusto; en fin, en verdad os digo que la muchacha, aunque tan bella, era antipática á todo el mundo.

Su abuela, la pobre, la quiere mucho; ¿no la ha de querer si es hija de su hija, si es su misma sangre?..... y todas las amarguras que le ha dado las ha sufrido resignada, aunque perdiendo rápidamente la salud.

—Pronto te quedarás sola en el mundo, decia muchas veces la abuela á Pepita. ¡Qué pena para mí irme del mundo con el temor de que seas muy desgraciada!

Y tanto repitió estas frases la buena anciana, que al fin Pepita ha conocido,

viéndola sufrir tanto, que ella es la culpable de los males de su abuela, con quien ha sido tan ingrata; y pensando en que pueda faltarle el apoyo de la vieja, ha comprendido todo el peso que echaria sobre ella esta desventura.

Y Pepita es ya otra niña; ahora cuida á su abuelita, quiere conservarla la vida y es muy buena.

Y la abuelita, que estaba muriéndose, empieza ya á recobrar la salud, y Dios querrá que la recobre completamente. La enfermedad de la vieja la producía la ingratitud de su nieta; cuando vé que su nieta ya no es ingrata, cobra ánimo y quiere vivir, porque la vida ya le parece amable y hermosa.

No seais, niños, ingratos con vuestros padres, porque seríais culpables de su muerte, que los padres y los abuelos no pueden vivir si les hiere la ingratitud de sus hijos y de sus nietos.



SANTA TERESA DE JESÚS.

Así como en el orden físico ha dado Dios al mundo obras prodigiosas que entre las de su clase están destinadas á ser pasmo de los siglos, así en el orden moral é intelectual ha producido maravillas de santidad y de saber que dejan huella imperecedera en la memoria de los pueblos.

A esta última clase de creaciones extraordinarias pertenece la gloriosa Virgen de Avila, que se llamaba en el mundo doña Teresa Sanchez de Cepe-

da Dávila y Ahumada, y que despues de una penosa existencia de mortificacion, pureza y caridad, veneramos hoy sobre los altares católicos con la sagrada advocacion de Sta. Teresa de Jesús.

¡Teresa! ¡Cuántas veces, oh niños, no habreis oido pronunciar á vuestro lado este dulce nombre, por ser el de la madre, la hermana ó la amiga que alegran vuestra infancia, sin conocer todas las glorias que recuerda á la pátria, todas las perfecciones que representa en la Iglesia, toda la admiracion que despierta en los ángeles!

Yo quisiera en breves líneas daros alguna idea, aunque somera, de las superiores cualidades, tanto de virtud como de inteligencia y corazon, que resplandecieron en aquella heróica mujer en su paso por la vida, pero ni aun así es posible hacerlo si habeis de conocerla. Lo que ha ejercitado la docta pluma de muchos ilustres escritores eclesiásticos y seglares dando vuelo al saber y á la fantasía para retratar tan sublime modelo, mal puede encerrarse, de ningun modo puede contenerse, en los reducidos límites de un breve artículo.

Habré de ceñirme, pues, á trazar algunas sueltas indicaciones respecto de la vida de tan admirable criatura, indicaciones que ni aun serán bosquejo de sus glorias. Y solo os rogaré que cuando hayais crecido en edad y razon os alimenteis espiritualmente con la lectura de sus escritos, que son escuela de celestial doctrina y blason de insigne literatura.

Hija de padres de hidalgo linaje, don Alfonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila y Ahumada, nació á 28 de Marzo de 1515 en la preclara ciudad de Ávila, que hoy reconoce en

ella poderosa patrona y cariñosa medianera. Desde muy temprana época, empezaron á germinar en ella y á desarrollarse con la infancia, prendas superiores que llamaban la atencion de cuantos la conocian. Dotada de ardiente imaginacion, comenzó en su tierna edad á sentir el ánsia del martirio, habiendo llegado á salir para ello de su casa, acompañada de su hermano Rodrigo á quien siempre le unieron los lazos del mas entrañable afecto.

La muerte de su madre, ocurrida cuando nuestra heroina tendria doce años, la dejó hasta cierto punto abandonada á la escasa prudencia de tan corta edad, de modo que hubo de caer en la peligrosa aficion de leer los portentosos libros de la caballería andante, á la sazón tan en boga por España. De las consecuencias de tan peligrosa costumbre, y de los riesgos de vanidad á que una mal aconsejada prima suya llegó á exponer su inexperiencia, libróle Dios por la intercesion de la Virgen, ante cuya santa imágen se habia prosternado en su dolor la adolescente Teresa, acogiéndose bajo su tutela con la triste ocasion de la pérdida de su madre.

Acontecimientos providenciales le hicieron entrar en 1531 en el convento de Santa María de Gracia en Avila, en donde estuvo hasta el otoño de 1532, estancia en aquella sagrada casa que le inspiró afecto á la vida monástica, para la cual no creia en un principio tener vocacion alguna. Volvió en 1533 al convento, tomando el velo en el de la Encarnacion, y haciendo en él su profesion solemne á 3 de Noviembre de 1534.

Desde entonces comenzó para la inocente Virgen una vida de padecimien-

tos físicos, austeridades, sequedades de espíritu y favores sobrenaturales que es difícil enumerar, y que no se pueden leer sin asombro.

Su reforma de la venerable orden del Carmelo, que tantos varones y tantas mujeres eminentes ha producido, y que ha dado al cielo tan admirables santos, llevó su nombre de región en región, pero también le acarreó terribles disgustos y amargas persecuciones. A pesar de todo, quedó gloriosamente establecida, y fué rico grano de semilla que caído en tierra fecunda produce 100 por 1. Por fin, después de una existencia laboriosa y mortificada; después de una existencia anegada y absorbida en el amor de Dios, que como fuego purificó su naturaleza, murió en Alba de Tormes á 4 de Octubre de 1582 en brazos de la piadosa Ana de Jesús, su inseparable compañera, habiendo antes exclamado al recibir el sagrado Viático: «Venid, Señor; gracias os doy porque habeis señalado la hora en que vuestra sierva deje este destierro!» La incorrupcion de sus restos mortales, exhumados varias veces en distintos años, fué el último don que á Teresa hizo Dios; á aquel cuerpo que tantas veces le habia recibido como purísimo templo.

Beatificada por Paulo V en 1614, fué canonizada en 1662 por Gregorio XV; habiendo merecido que Urbano VIII le concediese el especialísimo título de *Doctora de la Iglesia*, y habiéndola invocado por su segunda patrona la nacion de Recaredo y de Isabel la Católica.

Si tan grande fué Teresa en el concepto de santa, no menos eminente fué en el concepto de escritora. Sin contar con el profundo saber místico que llena sus numerosas obras, éstas han quedado por la belleza de su estilo y por lo castizo de su lenguaje como joyas inestimables, como perdurables monumentos del siglo de oro de la literatura española. El libro de su *Vida*, el *Camino de perfeccion*, los *Conceptos del amor divino*, *Las moradas*, y otros muchos sorprendentes trabajos de clase análoga que ya fuera prolijo enumerar, serán siempre astros sin ocaso en el cielo de la verdadera ilustracion de nuestra amada patria.

Admirad, oh niños, la gloria humana que rodea su nombre, pero sabed que es mucho mayor la gloria celestial que goza su alma. Aplaudid en la academia su saber, y venerad en el templo su santidad.

ANTONIO ARNAO.



LA HIJA DE LA SELVA.

Vén, dulce Lolita mia, no llores, siéntate sobre mis rodillas, y cuéntame tus penas infantiles. O por mejor decir, no me las cuentes, que harto sé el motivo que impulsó á tu buena madre para imponerte un severísimo castigo.

¡Has faltado á tu palabra! ¡Has prometido, inconsideradamente, y luego te has negado á cumplir tu promesa, y lo que es mas, para eludirla, has recurrido al engaño y á la mentira! ¡Has invocado el santo nombre de Dios para atestiguar un hecho falso, y Dios te ha castigado revelando tu falsía!

Todo esto es muy mal hecho, niña, y ¡ay! de la que se acostumbra á ser ligera en sus actos y mentirosa en sus palabras. ¡Ahora se trata de un juguete, mañana se tratará de un corazón, de una honra, de una vida!

Tu madre ha hecho bien en mostrarte á la luz de un ejemplar castigo los escollos que el porvenir reserva á los perjuros, y para robustecer la memoria del castigo, enjuga el llanto y escucha un cuentecillo que me contaban á mí cuando era niña como tú, cuando mis labios, como los tuyos, aun podían pronunciar con embeleso el nombre dulcísimo de madre.

¿Era en Africa, en Europa ó en Asia en donde habia nacido mi heroína?

Mi madre no podia decirlo; pero sí aseguraba que su cabaña se elevaba en medio de una selva vírgen, en el centro de una plazoleta sembrada de lirios y jazmines, rosas y tulipanes. Era una encantadora praderita, circuida de ár-

boles seculares y tan frondosos, que sus ramas entrelazadas pretendían impedir la entrada á los rayos del astro luminoso.

Pero si las ramas eran muy jactanciosas, los rayos tenían mas astucia, y cuanto mayor era el empeño de las primeras para unirse, mayores ardides empleaban los segundos para deslizarse aquí y allá, por todas partes, y con grande asombro de las pobres hojas, ir á jugar alegremente sobre la musgosa alfombra. Los unos jugueteaban sobre la musgosa alfombra, los otros se divertían tornasolando las ondas de los plácidos arroyos; estos se columpiaban en los añosos troncos, aquellos se escondían en los pétalos de las rosas, trasformando en diamantes las gotas de rocío. Era una batalla encarnizada é incesante del oscurantismo contra la luz; pero la luz pura, diáfana, esplendente, siempre ganaba la victoria.

No habia solo rosas y jazmines en la graciosa praderita, habia tambien árboles cargados de hermosos y transparentes frutos; habia además avecillas parleras, insectos de oro, brisas perfumadas, y por último, una niña como tú, reina absoluta de aquel terrestre paraíso.

No tenía padre ni madre: su madre era la Virgen María y su padre Jesucristo.

Los que la habian dado el sér humano dormían el eterno sueño debajo de un montecillo situado á espaldas de la cabaña, en donde crecían en abundan-

cia las rosas y siemprevivas. No se contentaba, sin embargo, Zélia, la piadosa huérfana, con estas tristes flores, porque cuando rayaba el alba ó aparecía en el cielo el héspero de la tarde, cogía muchas rosas y jazmines para esparcirlas sobre el montecillo, ó adornar con guirnaldas la cruz de tosca madera que le coronaba.

Solo abandonaba el bosque una vez al mes para dirigirse al pueblo mas cercano, en donde cambiaba los hermosos frutos por harina, queso y leche.

Los vecinos de aquel pueblo la llamaban la *Hija de la Selva*, y hubieran castigado severamente á cualquiera que tratase de ofenderla.

La niña creció, y una mañana, al contemplarse en el cristal de la fuente, se sorprendió á sí misma viéndose tan bella. En la tarde de aquel dia escuchó con melancólico embeleso y como si jamás lo hubiese oido, el concierto que formaban las aguas y las brisas, los insectos y las aves.

Pasóse un mes, pasaron dos, pasaron tres... La vaga melancolía de Zélia iba creciendo.

Una tarde, mientras estaba cogiendo flores, oyó un extraño galope de caballos. Nunca habian pasado caballos por aquel sitio...

Escuchó... miró... Montados en los corceles venian arrogantes y apuestos caballeros. Uno entre ellos era tan hermoso, que á su lado el disco del sol parecia pálido y sin encantos la naturaleza.

El mancebo se detuvo, bajó del caballo, y la dijo:

—Dáme una de esas flores, niña, que son menos frescas que tus mejillas.

Parecióle á Zélia, al oír estas palabras, que el bosque se llenaba de armonías desconocidas.

El mancebo ordenó á su comitiva que se adelantase y le esperase en los linderos de la selva, y se sentó al lado de la jovencilla, sobre la yerba perfumada.

Las horas, viendo que ninguno de los dos reparaba en ellas, huyeron despechadas y presurosas á sepultarse en el caos, y hé aquí que con su huida, antes de tiempo sin duda, brilló la luna, brilló el sol, volvió á brillar la luna, y brilló otra vez el sol. Todo esto debió haberse efectuado en un momento, segun opinaron Zélia y su nuevo amigo.

Los caballos impacientes piafaban y relinchaban en los linderos del bosque, se tornaban siniestras y discordes las voces de la naturaleza, ofendida por el olvido de la ingrata niña.

De pronto ésta vió aparecer al extremo de la pradera un extraño personaje. Era un viejecillo que andaba apoyado en un baston y dando ridículos saltitos. Llevaba una casaca bordada que le descendia hasta los piés, y por debajo de un sombrero enorme asomaba su peluca blanca y empolvada.

Zélia se echó á reír, pero pronto la risa se trocó en llanto al ver que el mancebo, turbado y confuso, se disponía á seguirle.

—Volveré, dijo éste con angustiada voz; volveré, te lo juro. He prometido ser tu esposo, y lo seré. ¡Adios, no temas!

Y viendo que la niña seguia llorando con creciente desconsuelo, repuso:

—Dios mio, ¿cómo podré persuadirte de la sinceridad de mi alma?

Volvió en torno los ojos buscando un testigo de su juramento, y vió á una

culebra que asomaba su verde cabeza entre dos rosas.

El reptil parecía fijar en él sus ojos inquietos y brillantes.

—¡Lo juro por esta culebra, dijo, y permita Dios que me ahogue si falto á mi juramento!

El hermoso mancebo se fué y no volvió. Pasaron muchos dias, y no volvió.

Entonces sí que las despechadas horas hallaron oportuna su venganza, y se detuvieron sobre Zélia como si no tuviesen alas. Y el sol no se movía del hemisferio, y no se movía la luna como si estuviese clavada en el espacio. También la celosa naturaleza quiso tomar su venganza, y no dió perfumes á las flores, cantos á los pajarillos, murmurios á las fuentes, ni suspiros á la brisa. ¡Todo en derredor de Zélia parecía inmóvil, muerto!

Pero hé aquí que un dia la pobre niña vió venir á lo lejos, dando saltitos, al grotesco personaje que causó su desventura. Zélia no se rió de él como la vez primera, corrió á postrarse á sus piés, y prorumpió en sollozos.

—¡Eh! ¡eh! dijo el viejecillo con una risita estridente, que repitieron todos los ecos de la selva: yo me llamo el *Egoismo*. Aquel jóven era el Rey y va á casarse con una Princesa. Tú vives aquí cómodamente, y debes permanecer en este sitio... ¡Eh! ¡eh! yo soy tan poderoso, que gobierno á mi antojo el Universo.

Y se alejó riendo y dando sus saltitos de costumbre.

¿Qué sintió, qué pensó Zélia al hallarse sola? Únicamente lo supo Dios, que lee en los atribulados corazones.

Permaneció largo tiempo inmóvil, despues besó la tierra sagrada que cu-

bria á sus padres, y salió del bosque.

—¿A dónde vas, niña, y sola? la preguntaban al verla pasar los caminantes.

—¡Voy adonde me llama el amor! les respondía.

A lo cual replicaban los mas atrevidos:

—¿Quieres que te acompañe, hermosa niña?

—¡Me acompaña Dios, y basta! exclamaba con fe la jovencilla.

Anduvo muchos dias y muchas noches, y tuvo que afrontar muchos peligros. Aquí la ofrecían placeres y amores, allá palacios y joyas. Pero no eran estos peligros los que mas ponían á prueba su constancia. Era la presencia del diabólico viejecillo, que por todas partes le salía al encuentro, yá al pasar por una pradera donde se bailaba, ó por delante de una tienda en donde se ostentaban mil tentadoras galas femeniles.

El viejecillo no cesaba de hacer cabriolas en el aire y de darla pérfidos consejos, riendo con su risita irónica y siniestra.

Zélia triunfó de todo y llegó á la ciudad, que era una ciudad inmensa y populosa. Las fachadas de las casas estaban cubiertas de flores; estaba cubierto de flores el pavimento. Las campanas tocaban á vuelo, y resonaban los gritos de la multitud, que recorria en tropel las calles.

La multitud llegó al templo, llevando entre sus oleadas á Zélia, y llegó hasta el pié del altar mayor, en donde estaban los régios desposados.

La niña, haciendo un esfuerzo supremo, se lanzó en medio de ambos, y gritó con voz clara y sonora:

—¡Señor, recuerda tu juramento!

El Rey se turbó al verla; la llama del amor se reavivó en su pecho; pero una sonora carcajada que resonó detrás de él, detuvo la palabra amante que iba á escaparse de sus lábios.

Era el viejecillo que saltaba y se reía.

—¿Quién es esa mujer? ¿qué dice? balbuceó el monarca, confuso, á pesar suyo.

—¡Juraste ser mi esposo! exclamó Zélia.

—¡Mientes! repuso vivamente el Rey: ¿qué testigo puedes presentar que sostenga tu impostura?

—¡Dios! replicó la niña. ¡Dios lo ha oído!

El Rey se sonrió con desden; el viejecillo repitió sus burlonas carcajadas.

Pero, ¡oh milagro! de las mismas gradas del altar mayor surgió una culebra con escamas de oro y de esmeraldas, se lanzó sobre el perjuro y se enroscó á su cuello.

Un grito de terror partió de todos los ángulos del templo.

—¡Virgen santa! ¡Madre mia! gritó

la niña cayendo de rodillas, ¡sálvame y le devuelvo su juramento! ¡Sálvame y le perdono!

Al instante la culebra aflojó sus anillos de oro; pero el Rey, arrepentido, se abalanzó hácia Zélia, la levantó en sus brazos, y puso en sus sienes la corona, á pesar de la risa irónica del viejecillo, que se retorcia haciendo mil extrañas contorsiones.

Y todos estuvieron contentos, todos fueron felices, porque la Princesa se casó con un hermano del Rey, á quien amaba; todos estuvieron contentos, y todos fueron felices, menos las florecitas de la pradera, que se agostaron; menos los arroyuelos, que cesaron de correr, y las aves, que tuvieron que llevar á otra parte sus hijitos; y menos, por último, las vengativas horas, que desatendidas por Zélia y por su esposo, se vieron precisadas á seguir de nuevo su rápida carrera, trayendo y llevando á la luna y al sol en continuo movimiento.

ANGELA GRASSI.



Rc.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

El que tiene caridad siempre tiene algo que dar.
 No es bueno el que no hace mal, sino el que hace bien.
 El adulador de si mismo es el peor de los aduladores.
 El ingrato odia menos al que le daña que al que le favorece.
 El que no encuentra la alegría dentro de su casa,
 ¿donde la irá a buscar?
 Los malos parecen siempre muchos por el ruido
 que meten.
 No es hombre de bien aquel de quien no maldice
 algún bribon.
 Más sabio es el que sabe una sola verdad que el
 que sabe un millón de mentiras.
 El primer maestro de filosofía que tuvo la huma-
 nidad fue la serpiente del Paraíso.
 Dios perdona al que se arrepiente: el mundo al
 que persevera en el mal.
 Dicen que la religion ha de estar oculta en el fondo
 del alma — Eso es: donde no se vea.
 No hay mentira más perjudicial que la verdad disfrazada.
 Caridad es perdonar, no transigir.
 No pueden ser libres al mismo tiempo los buenos y los malos.
 No te empeñes en estar bien con todo el mundo si
 quieres estar bien contigo mismo.

Manuel Tamayo
y Baus

La bella página autógrafa que hoy publicamos, es del señor D. Manuel Tamayo y Baus, uno de nuestros primeros escritores dramáticos, uno de los mas aplaudidos por el público, y que da con sus obras imperecedera gloria al teatro español. Cuando podais apreciar las infinitas bellezas de las

obras dramáticas de este insigne escritor, comprendereis la justicia del elogio que hacemos de su talento. D. Manuel Tamayo ha cultivado todos los géneros. *Virginia*, tragedia, *La locura de amor*, *Hija y madre*, *Ángela*, dramas, *La bola de nieve*, comedia, *Huyendo del peregril*, *Una apuesta*, y otras piezas lindísimas, acreditan el fecundo ingenio, el esquisito gusto literario, el brillante y correcto estilo, y sobre todo la religiosidad, el conocimiento del corazón humano y la noble-

za de ideas que distinguen al gran autor.

Otras muchas obras que han aparecido con el pseudónimo de *D. Joaquin Estébanes*, son, según el parecer de las personas que conocen el estilo del poeta, del mismo D. Manuel Tamayo y Baus. Entre estas hay que citar *Lo positivo*, *No hay mal que por bien no venga*, *Los lances de honor* y otras.

Este ilustre autor de comedias es individuo de número de la Academia española.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

SEGUNDA PARTE.

I.

ROSITA CASADA.

Los padres de Rosita sufrieron la más terrible de las amarguras; su hija, puesta en la alternativa de elegir entre ellos y el calavera que la pretendía por esposa, eligió á este, dando un golpe cruel á aquellos padres que toda su vida habían estado esperando que su hija les diera una prueba, por ligera que fuese, de cariño y gratitud.

Manolito Morales hizo que Rosita fuera *depositada* hasta la celebración del matrimonio en casa de la marquesa del Rayo.

Esta se hallaba en su elemento.

Semejante acontecimiento era uno de los que más la podían halagar, en el afán casamentero de que estaba poseída, como ya creo haber dicho, y ella era la que, en algunos momentos en que Rosita se acordaba de sus padres

y parecía lamentar aquella violencia á que había recurrido, de acuerdo con su cómplice, procuraba hacerla persistir en su propósito y avivar en ella las ideas de mal entendida independencia y falsa dignidad.

La misión de la marquesa del Rayo no tenía nada de envidiable; antes bien era tristísima, puesto que se reducía á hacer la infelicidad de unos amantísimos padres y la de una pobre muchacha ignorante, y á quien los defectos de carácter iban á costar tantas lágrimas y tan rudas pruebas.

Pero no hay que pedir previsión y prudencia á caracteres como el de la marquesa del Rayo; si hacía lo que era bastante á satisfacer su capricho, ya no se detenía en calcular las consecuencias que podrían sobrevenir, y cuando estas consecuencias llegaban, no crean ustedes tampoco que reconocía su error; para salir del paso, ¡quién creyera! ¡quién pensara! exclamaba,

y se quedaba tan satisfecha de que ella no habia tenido culpa ninguna.

Caractéres como este encontrareis no pocos en el mundo.

La marquesa del Rayo, que era rica, se dispuso á dar á su sobrina todo aquello que necesitaba en su nuevo estado, suponiendo que D. Antonio, que se oponia al casamiento, no querria entregar el dote de la muchacha; la marquesa pensaba mal de quien debia pensar bien, con igual facilidad que pensaba bien de quien no daba motivos sino de lo contrario. D. Antonio, que habia resuelto no intervenir de ninguna manera en el matrimonio de su hija, puso á nombre de ésta en el Banco, la cantidad que le correspondia en dote, y le envió el documento que acreditaba el depósito.

La marquesa hubiera dado algo bueno por poder decir que su primo habia negado el dote á su hija solo por avaricia, y tomando por pretesto que la muchacha se casaba contra la voluntad paterna; pero no lo pudo decir, con harto sentimiento suyo.

La boda fué magnífica; celebróse en casa de la marquesa del Rayo, con asistencia de lo mas distinguido de Madrid, bendijo á los esposos un venerable obispo, la orquesta mejor de la córte amenizó la fiesta, y de Francia, Inglaterra y Holanda trajo el fondista encargado del buffet los escogidísimos manjares que sirvió á la selecta concurrencia. Fué una de esas bodas que dan materia á los escritores *elegantes* para hacer magnífico alarde de su erudicion en las cosas de la moda, y los grandes periódicos madrileños dedicaron á tan grandiosa solemnidad columnas enteras.

¡Y nadie se acordó de los pobres pa-

dres ni los echó de menos en aquella fiesta!

Pero no era esto extraño, toda vez que la misma Rosita parecia no acordarse de ellos tampoco.

Si ella, que era su hija, no se acordaba de ellos, ¿cómo habian de acordarse los demás?

¡Qué dia de triunfo para la marquesa del Rayo!

—Esta boda la he hecho yo, decia á todo el mundo; yo, yo sola. Ya que Dios no me dió á mí una hija, considero como hija á mi sobrina y la hago feliz, porque será feliz, no hay duda... Seria la primera vez que yo me hubiese equivocado...

La imprudente señora se equivocaba, sin embargo, completísimamente.

Y mientras en la casa de la marquesa del Rayo se celebraba en suntuosa fiesta la desdichada boda de Rosita, Lucía y D. Antonio, en el retiro de su hogar, juntas las manos y llorando ambos, rogaban á Dios misericordioso que la tuviera de la hija ingrata que así les habia abandonado, y antes que á ella á ellos solos enviara penas y amarguras.

Inmenso era el dolor de la pobre madre al pensar que su hija estaba en poder de quien no la merecia, de quien tenia abominables vicios, de quien, segun indicaban sus precedentes, iba á derrochar la fortuna de la que habia querido ser su mujer.

—¡Pobre hija mia! exclamaba la amantísima madre.

—¡Pobres de nosotros! decia D. Antonio, secando con el pañuelo una lágrima, que en seguida volvía á aparecer.

—No, nosotros no. ¡Ojala nosotros solos fuéramos los desgraciados! Ella lo será mas que nosotros.

—Tambien merece más serlo; ella ha sido ingrata, ella no tiene corazon.

—No digas eso, Antonio. Tú estás deseando, como yo, que vuelva á nosotros los ojos, y nos diga una palabra cariñosa.

—¡Oh! Ya lo creo... Y daría por ello mi vida, como tú...

—Sí, sí, como que es nuestra hija...

—Con quien no transigiré nunca es con ese hombre...

—Si Dios hiciera un milagro, y fuera bueno ese hombre...

—No lo esperes; está educado en el vicio, y sobre todo en la ociosidad; de un hombre que no tiene el hábito del trabajo, nada bueno hay que esperar, nada. Ha derrochado su propia fortuna, y está lleno de deudas, Lucía.

—¡Dios mio!

—Yo lo he averiguado todo, y todo lo sé. Tiene deudas, y ahora las pagará con la fortuna de nuestra hija, y contraerá otras nuevas. Tú no comprendes, esposa buena mia, lo que arrastra el vicio, cuán difícilmente se pierde la costumbre del desorden y la dilapidación... Estoy convencido de que ese hombre no tiene amor á nuestra hija, y se casa con ella porque sabe que tiene dote, y que nosotros le hemos de dejar despues nuestra fortuna entera.

—¡Qué horror! ¿Es posible que un hombre sea capaz de infamia semejante? ¿Hay hombres tan desprovistos de dignidad que procuren vivir á costa de la fortuna de sus esposas?

—Sí, hija mia.

—¡Oh! feliz yo, que no he conocido esas iniquidades.

Y la honrada y respetuosa esposa besó tiernamente la mano de su marido.

Ambos prorumpieron en llanto.

—¡Qué felices hubiéramos sido si nuestra hija!..: murmuró D. Antonio.

—Nos hubiera querido, ¿no es verdad? dijo Lucía, completando el pensamiento de su esposo.

—Sí; no hay en el mundo mas legítima ni mas envidiable felicidad que la de los padres que en su vejez se ven rodeados y queridos y respetados de sus hijos.

—Así como no hay mayor infortunio que el de los padres que, sin merecerlo, sufren lo que nosotros sufrimos.

—¡Oh!... esta noche se celebra la boda, esta noche nuestra hija sonrie dichosa, mientras nosotros gemimos desesperados... Tentado estoy de ir á casa de nuestra funesta prima, la que ha hecho á nuestra hija desobediente é ingrata, y allí en medio de la fiesta, decir á Rosa lo que tiene derecho á decirle un padre ultrajado.

—No, Antonio, el mal está hecho y no tiene remedio... Rosita sabe que, por por muy ingrata que sea, por muchos agravios que nos haga, siempre la hemos de amar sobre todas las cosas del mundo... y ella reconocerá su falta, ella vendrá á nosotros, ella si tiene penas, Dios no lo quiera, vendrá á los brazos de los únicos que le querrán dar consuelo, y el alma y la vida.

—¡Oh! ese dia...

—Ese dia, Antonio, tú, que te quieres mostrar ahora tan severo, serías mas indulgente que yo... Ese dia la estrecharías en tus brazos con la misma... con mas ternura que nunca.

—Tienes razon, mujercita mia.

Entró en aquel momento en la estancia doña Martina, la buena doña Martina, que habia sido aya de Rosita.

La buena señora lloraba.

—Vengo á pedir á Vds. un favor, dijo.

—¿Cuál, doña Martina? preguntó don Antonio: ya sabe V. lo que la estimamos.

—Y Vds. saben cuánto se lo agradezco yo.

—Quisiera ir á ver á Rosita.

—¿Usted?...

—Sí, señora. Vds. están ofendidos con razon; yo no, aunque siempre me ha tratado con despego... y quisiera ir á esperar en la puerta de la casa de la señora marquesa que salga Rosita con su marido para decirle:

—¡Sea V. feliz, señorita, Dios la bendiga!

—Es V. muy buena.

—No he querido ir sin pedir á ustedes antes su permiso.

—Sí, sí, vaya V., doña Martina, vaya V., dijo D. Antonio... si Lucía quiere.

—Y bendígala V. en nombre nuestro, dijo Lucía, como nosotros la bendecimos desde aquí.

Doña Martina salió llorando y diciendo:

—¡Pobres padres! ¡Mejor hija merecian!

(Se continuará)

EL PARTO DE LA GATA.



Los niños, aunque la gata les enseña los dientes, la asisten cuidadosamente para evitar que la criada, que es muy mala, le vaya á quitar los gatitos para tirarlos á la calle. Estos niños tienen buen corazon.

LA MUÑECA TIENE JAQUECA.



Luisito se presenta á visitar á la enferma, con un instrumento subversivo, que siempre le ha dado mucho miedo á Matildita. Así es que despide al médico llena de enojo, cuando éste intenta fiar á aquel horrible instrumento la curacion de la muñeca.

EL RETRATO DEL MAESTRO.



Rafael demuestra grandes disposiciones para la pintura.
Lo malo es que las utilice para faltár al respeto al maestro, que tanto le quiere y tanto se desvela por enseñarle.